

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Las Ruinas de Itálica.

Los míseros restos de la famosa ciudad, patria de los Sénecas y Trajanos, vuelven á llamar de algunos meses á esta parte la atención pública, merced al distinguido celo del actual gefe político de Sevilla el Sr. don Joaquin María de Alba, quien poderosamente auxiliado con la laboriosidad del señor don Ibo de la Cortina, encargado de la direccion de los trabajos y escavaciones, van descubriendo diariamente en aquellas preciosas ruinas mil objetos interesantes á la arqueología y á la historia nacional. Los repetidos partes de dicho señor gefe político que ha ido insertando la Gaceta del Gobierno, han dado ya á conocer el ventajoso fruto de aquellos trabajos y escitado la justa curiosidad de nacionales y extranjeros. Tal vez mas adelante y con mayores datos podamos poner á nuestros lectores en pleno conocimiento del estado actual de aquellas famosas ruinas. Por hoy nos limitaremos

Segunda serie. — Tomo I.

á ofrecerles la vista de uno de los objetos mas preciosos, descubierto en el último mes de mayo, y consiste en un pavimento de *mosaico* de extraordinaria hermosura, cuya descripcion tomamos del parte oficial, y cuyo dibujo, que felizmente ha llegado á nuestras manos, hemos hecho grabar cuidadosamente, y es el que va al frente de este artículo. Las manchas negras representan las partes rotas del pavimento.

DESCRIPCION DEL MOSAICO.

Una habitacion de 16 pies de longitud de N. á S., y 15 de latitud de E. á O., cuyas paredes, abatidas en toda su estension, solo se elevaban en algunos puntos un

21 de Julio de 1859.

pié ó dos, y del grueso de dos pies: el revoco de las paredes de dicho cuadrilongo parece fue de una mezcla finísima de cal y arena muy cernida, y la superficie pintada al fresco y tan plana y bruñida, cual se hubiera podido, según lo manifiestan algunos trozos, elaborados en el mueble más delgado. Pedruzcos de un palmo de longitud que se encontraron en la ruina y se conservan, presentan el color general de un bermellón hermoso con una franja de cuatro pulgadas de color pardo oscuro; y sobre ella unos dibujos representados, con líneas curvas y rectángulos de amarillo, blanco, azul, cenizas y puntos rojos, los que forman su adorno.

El pavimento mosaico de la mencionada estancia, se presenta con los dibujos siguientes, representados en unas partes con piedras de pasta y vidios de cuatro líneas de circunferencia, de hermosos y brillantes colores, y con *tésalas* de una pulgada de diámetro de un baño rojo, en la orla de tres pies de ancho que corre en los tres lados de cuadro por su testero N. E. y O. Encierra en su seno un cuadrado de siete pies cada lado que describiré en la segunda parte, y en la entrada por el S. un cuadrilongo que tiene cinco pies de ancho y 15 de largo, por cuyo lado del N. apoya el lado S. del cuadrado del centro: este cuadrilongo está formado de las mismas piedras, representando los objetos que se describen en esta primera parte.

1.^a El cuadrilongo: una orla de 10 pies de ancho corre describiendo la figura en los cuatro lados que la componen, cuyo dibujo es una Y griega doble de piedrecitas azules, blancas y negras de vidios: en el seno de este cuadrilongo se presentan en los lados E. y O. figuras de rosetones, en tres cuadrados por lado, representando dos de ellos un dibujo gracioso de cuatro triángulos acutángulos entrelazados por perfiles muy ligeros: el cuadro del centro de los dos espresados, es una flor grande con la corola de cuatro pétalos de color violeta, degradando en tornasolado de rojo y amarillo hasta su seno que le forma un botón de color de oro y negro: partes de las estrechidades de las lacinias del caliz se intercalan á la corola; todos estos objetos están representados sobre fondo blanco. El cuadrilongo que forma en medio de estas figuras el espacio indicado es de la longitud de 7 pies y 3 de latitud; en él se ve el mar con vivos colores, y sobre su superficie al lado del E. un delfín con una ninfa sentada sobre el lomo, que lleva de la mano un paño flotante que suspende con gracia sobre su cabeza, la cual muestra la melena esparcida al viento que la mece; las piernas están enrueltas desde la rodilla al tobillo por un liazó azul celeste: el dibujo brillante y la buena degradación de claro y oscuro es tanto más admirable cuanto raro en esta clase de labores; por desgracia está roto por el hollamiento el resto de este medallón, por cuyo motivo queda uno privado de interpretar el pasaje mitológico que representaría este cuadro.

2.^a El cuadrado: forma esta figura la misma de la que se dejó descrita en la anterior; los cuatro ángulos forman un cuadrante ó abanico en su seno, que le recorta la orla espresada, y dentro de ellos, con piedrecitas menudísimas, están pintadas las cuatro estaciones; está muy bien conservada al lado del N. E. el verano con corona de espigas; al S. E. la primavera, y al S. O. y E. O. se advierten apenas, por faltarle las piedrecitas, las dos figuras que representaban el invierno y el otoño; dos lados del cuadrado tienen un medio círculo entre los dos cuadrantes, el cual sobre fondo blanco encierra en su seno el del E. que representa un fauno de cuerpo entera reposado; al N. en sitio igual un sátiro; y al S. y O. se ve solo las piernas y parte del cuerpo de las otras dos deidades campestres que le decoraban.

En medio del cuadrado ocupa un círculo de tres pies de circunferencia, cuya orla es una corona de laurel, que contiene en su seno un genio desnudo ó amorcillo con alas de mariposa, que remonta en sus brazos á un personaje, que según el manto de la roja púrpura que la circunda podría ser algún Emperador: nos deja en estas dudas la rotura que acabó la cabeza y parte del hombro en tiempos andados.

Entre las líneas de los círculos, de los lados, cuadrantes y centro quedan cuatro rombos curvilíneos que conservan completamente en su centro otras tantas caretas fantásticas, suspensas de unos lazos. Es preciso confesar que reina entre toda la obra una rivalidad manifiesta en el buen desempeño de ella.

Se encontraron dentro de esta habitación varios adornos de latón que muestran el lijoceno que era decorada; una cerradura, listones de bronce, hojas de igual materia, clavos, rosetas, una visagra, una cabeza de una cañabruta y otras piocercitas de aquel metal que ya es difícil fijar su aplicación.

MEJORAS

EN LA POLICIA DE LAS CIUDADES.

Las capitales de provincia son los pueblos que deben empezar todas las mejoras posibles, sirviendo de modelo á los demás, para que á su ejemplo adopten y emprendan las que sean aplicables á cada uno. En ellas deben tener principio las reformas de policía urbana, las obras de utilidad y salubridad pública, y cuantas se conceptuen necesarias por una autoridad celosa é inteligente.

Para emprender con acierto las más de ellas, es indispensable la formación de planos topográficos que arrojen un conocimiento exacto del terreno en general, del que atapan las calles, edificios particulares y públicos; que dé una noticia exacta de las desigualdades que presenta el terreno que encierra el perímetro de la ciudad, las dimensiones é inclinaciones de todas las calles, configuración de estas, con detalles claros y minuciosos; que marquen finamente la situación de las fuentes, dirección de los acueductos, alcantarillas etc., con el diámetro de unos y capacidad de las otras.

Estos conocimientos y muchos más son necesarios para proyectar con acierto y ejecutar con plan, orden y economía, las mejoras que se emprendan. En todas las capitales se paga un arquitecto de tiempo inmemorial, que podía y debía ejecutar estos trabajos. Sorprende ciertamente ver la mayor parte de las grandes poblaciones de España sin este indispensable documento. De aquí es fácil inferir, que practicadas las obras sin este preliminar salgan con mil defectos.

Todas las clases del estado en particular, procuran tener un exacto conocimiento de la profesión ó método de vida á que se dedican.

Un comerciante cuida de tener su índice con facturas de los generos que encierra su almacén.

El propietario de casas tiene las escrituras que le señalan los pies de terreno que ocupan, y los inventarios que fijan otros pormenores, y el estado de sus fincas.

El labrador sabe el número de yuntas de que es

deño, la edad, valor y calidad de su ganado, los aperos que tiene para su labranza, las tierras que cultiva, y sus producciones; el grano que encierran sus paños, y en fin todo lo preciso para conocer su verdadera riqueza.

El banquero hace sus arseos para saber los fondos que posee en su caja, ya en metálico, ya en papel negociable. Lleva una noticia exacta del que corre en circulación, y los puntos y manos en que se halla.

Las grandes propiedades tienen sus catastros que les indican la procedencia y valor de sus rentas, y las fincas que á ellas están afectadas.

El dueño de un buque calcula y sabe exactamente las toneladas que puede cargar, la tripulación que necesita, las brazas que cala, las propiedades, estado de su jaca, velamen, etc.

En fin, todas, todas las clases de la sociedad cuidan de conocer lo que poseen, lo que perciben, con lo que cuentan y de lo que pueden disponer.

Pero los administradores de los pueblos de España, los ayuntamientos, que son los responsables de la felicidad y orden de sus cometidos, reciben este cargo sin conocimiento de lo que administran, y con la misma informalidad pasa á sus sucesores. De ningún archivo puede sacarse un documento que determine con exactitud el perímetro del pueblo, la clase de edificios que posee, las calles que le cruzan, el valor de los terrenos, la dirección de las alcantarillas y acueductos. Todo pasa por tradiciones á las voces corrompidas, nada tiene regla fija; los fontaneros y poceros son los únicos que por rutina conocen donde están las arcas de agua, por donde van las cañerías, y la profundidad en que se hallan colocadas, pero sin distinguir ni poder dar una idea positiva y exacta. Del mismo modo los últimos son los dueños del secreto para saber por donde pasan las alcantarillas de aguas sucias, el parage en que se encuentran los pozos y su profundidad, pero por el mismo orden que los primeros, sin formar ni guardar medidas de los unos, y la capacidad de los otros.

Tal desorden dá pábulo á millares de abusos. Estos ramos de la administracion local estén á discrecion de estos hombres; ellos proyectan y ellos deciden las obras que deben hacerse, fundadas ó infundadas; no es fácil censurarlas, pues nadie tiene los conocimientos á propósito. Como son indispensables, no pueden detenerse; ellos presentan la gravedad del daño, y á su dicho hay que atenderse.

Conviene abrir una comunicacion, nadie se atreva á intentarlo, porque no se sabe que edificios se tienen que atravesar y qué perjuicios habra que satisfacer.

Se vé una calle pendiente que reclama disminuir su cuesta, ya para hacerla mas transitible para carruages, ya tambien para que sea menos penosa y molesta á los de á pie. Nada puede hacerse sin inconvenientes, por desconocer los niveles de la poblacion, y si las alcantarillas y acueductos lo impiden.

Todos estos obstáculos y muchos mas dependen de la falta de planos bien detallados.

La autoridad debe convencerse de lo importante que es formarlos, y que sin ellos no puede emprenderse obra completa, ni determinarse el plan moderno que deba adoptarse en mejora de los pueblos. Continúan edificándose casas, y se les dá una linea defectuosa que empeora la nivelacion y alineacion de la calle.

Tengase entendido que muchos arquitectos llevan un interés material en conservar este desorden. Un plano bien trazado, y en el que se fija la nueva linea de la calle, marcaria el parage donde deberia levantarse una casa, y entonces el arquitecto no tenia el derecho á la

ventaja de decidir á su arbitrio en obsequio del propietario, cuyos intereses no siempre están ligados con los del comun.

Dejo á un lado los pleitos que ocasionan estas arbitrariedades, la autoridad que ejercen los arquitectos sobre los propietarios que no se sujetan á sus exigencias, la paralización que por uno y otro concepto se nota en las obras, que muchas veces se quedan á medio hacer por estas competencias, arrojando una familia, desfigurando y embarazando una calle con los materiales por años enteros.

Por todo lo dicho y mas que en obsequio de la brevedad se omite, se vé la necesidad e importancia de levantar planos en todas las poblaciones, y con particularidad en las principales.

Los ayuntamientos están interesados mas inmediatamente, y los pueblos por comodidad propia deben cooperar si fuese necesario á remover los obstáculos que pudieran oponerse.

Estos trabajos son mas penosos que difíciles, y por tanto no faltan personas que puedan practicarlos.

La operacion debe empezar por levantar el plano del pueblo tal como se halla en la mayor escala posible, entendiéndose hasta los arrabales.

En seguida deben marcarse las dimensiones de todas las calles en largo, ancho y onduosidades; el perímetro de las plazas y manzanas; la dirección de todos los acueductos, alcantarillas públicas y particulares; los pozos y sus dimensiones; los patios y corrales; y en fin todo lo que es necesario para presentar un conocimiento exacto de la poblacion.

Para abreviar estos detalles, se harán secciones que traen las inclinaciones de las calles, la de las cañerías y demas desagües, la profundidad á que van unas y otras, dando al mismo tiempo noticia del estado de las bóvedas para juzgar de su resistencia, si las cañerías son de barro, plomo, ó hierro colado; por último, debe ser este trabajo muy detenido y minucioso para poder emprender las obras con tino.

Una vez levantados los planos del pueblo del modo que queda dicho, se procederá á formar los trazos de las mejoras, marcando con líneas de un color distinto todos los proyectos de plazas, plazuelas, dirección de las calles, etc.

En el plano se señalará con letras iniciales ó con la nota que se convenga, la naturaleza de la construcción del edificio, si es de piedra, ladrillo ó otra materia; el número de pisos; si está cubierto con teja, pizarra, etc., el estado en que se encuentre, y todo lo que concierne á darle un valor aproximado.

Practicado esto, siempre que haya de emprenderse alguna obra nueva, se dará conocimiento al propietario de la línea que debe guardar, quedando bajo la responsabilidad del arquitecto de la ciudad su exacto cumplimiento. Solo así se conseguirá mejorar las poblaciones, y siguiendo constantemente el plan trazado sin mudanzas caprichosas, se realizarán las mejoras que se desean.

EL MARQUÉS V. DE PONTIROS.



COSTUMBRES PROVINCIALES.

La Carrera del Pollo.

Si las costumbres de un pueblo pueden servir de norte para conocer su cultura, y el estado de su comercio, y riqueza, no coadyuvan menos ciertamente á descubrirnos su origen, la robustez física, y el valor de sus habitantes. Una diversion á que anualmente se entregan los vecinos de *Villena*, ciudad antigua del reino de Murcia, y hoy agregada á la Provincia de Alicante, puede ser un indicio seguro, de que ésta rica poblacion, ya conocida en la historia por su fortaleza y numerosa vecindad en tiempo de los Escipiones, fue fundacion de alguna colonia griega de las muchas que asentaron en nuestras provincias, á el tiempo mismo que es un alarde del vigor de sus habitantes, de sus fuerzas, y de aquel valor que nunca desmintieron sirviendo en los ejércitos nacionales, si no todos, al menos mas de dos terceras partes de sus vecinos.

Todos sabemos que en Grecia en sus tiempos florecientes, el gimnasio estaba abierto en todas las ciudades; que la lucha era el ejercicio de los jóvenes, y que en sus juegos públicos atentos los magistrados á premiar la robustez y el valor, adjudicaban los primeros honores á el vencedor en la carrera; prueba la mas segura de las fuerzas, consiguiendo por este medio criar á los jóvenes ágiles, y vigorosos, y tener en ellos útiles, y valientes defensores de la Patria. Esta costumbre loable cayó, y desde entonces en muy pocas poblaciones se ha conservado un estímulo para la robustez corporal. Funciones que debiliten nuestra máquina, á la induzcan á los vicios se hallan establecidas muchas: las hay que deterioren ó enfurezcan el espíritu, que preparen el hombre á la crueldad, ó lo hagan pusilánime; pero, lo repetimos, pocas son las que lo excitan á la fortaleza, á la templanza, y á el valor. *Villena* no obstante conserva aun una. Sus hijos tienen un estímulo porque un dia pueden hacer ostentacion de sus fuerzas. ¡Ojalá fuese una obligacion, y la debilidad, hija generalmente de los vicios, ó de una mala educacion, tuviese que gemir abatida á vista de la robustez vencedora!

Así como en otro tiempo los habitantes de Grecia celebraban la mayor de sus festividades con los juegos Olímpicos: así como en otros los jóvenes recorrían un dilatado espacio disputándose con ardor el llegar primero á la meta; no por el débil precio de la recompensa material, sino por la gloria del premio moral, por la honra de haber sido vencedor; así los jóvenes de *Villena* en el dia de *Santa Ana* se disputan todos los años igual victoria.

A las cinco de la tarde, y luego que el calor de el estío se apacigua, y la brisa marítima consuela la respiracion fatigada, el vecindario todo marcha á una ermita de *Santa Lucia* situada extramuros de la ciudad. A el frente de ella se ve el camino de Alicante, que se dilata por una bellísima llanura, mas desde este hasta la ermita se levanta un penoso recuesto cuya estension será de cincuenta pasos. En la altura se coloca el Magistrado. La cofradia de *Santa Ana* conduce una vara bastante alta, que ha de servir de meta, y en ella atados dos ó tres pollos, como premio destinado al vencedor. A la espalda del Magistrado se coloca una música, y á la izquierda se situa un jóven con una escopeta. El concurso yate es-

parecido á un lado y otro del camino, formando una perspectiva agradabilísima las mantillas blancas, que usan las labradoras del pais; y los porteros del Ayuntamiento conservan despejada la carrera sin permitir que nadie se interponga.

Los que aspiran á la victoria se ven situados á la distancia de dos mil pasos poco mas ó menos. Un individuo de la cofradia los coloca en una fila con igualdad, y en ella esperan la seña para principiar el movimiento. Todos se encuentran vestidos del modo mas ligero, en cuerpo corto de paño, suelta enteramente de los botones de la rodilla, calzando unas alpargatas usadas, y de poco peso. Luego que se han situado, y no hay esperanza de que otro alguno quiera concurrir á la disputa, un encargado de la hermandad hace seña de estar dispuestos disparando un tiro, y el jóven que se mira al lado del magistrado, previa la orden de este dispara otro de prevención. Los corredores se aperciben, y al hacer fuego segunda vez, al ver la humareda del fogonazo emprenden su marcha rápida como la de una exalacion. No es posible describir su velocidad: tres ó cuatro minutos les bastan para recorrer el enorme espacio, y apenas se les vió salir de la linea, cuando ya se les mira llegar al pié del recuesto pálidos y fatigosos descubriendo su fornida musculatura, cual en otro tiempo las valerosos atletas. Ya vencieron la mayor distancia; pero aun les queda lo mas penoso, y cuantos los ven los animan, y estimulan á hacer el último esfuerzo.

Al llegar al principio de la cuesta muchos se reconocen vencidos, y suspenden la carrera para probarse en una segunda; pero siempre seis ú ocho añelan por llegar hasta la meta. En los últimos instantes se demuestra todo su vigor, suspenden el aliento temerosos, de que con él se les vaya la fuerza, y pugnando contra la fatiga impelen sus músculos con la mayor violencia: sus pies apenas tocan la tierra, y así arriban hasta el Magistrado. El primero, que asciende toca la vara, donde se halla el premio; el que le sucede se ase de su mano, y la música celebra su triunfo. Entonces el primero recibe tres pollos, y el segundo dos, y respirando apenas, van por entre la concurrencia recibiendo los aplausos que el pueblo les prodiga, y que forman la verdadera recompensa de su noble emulacion.

Corren despues otras dos veces, y suele verse alguno, que á pesar del cansancio consigue dos ó tres premios. Concluidos estos se da un estímulo á la niñez, preparándola á lo que debe hacer un dia. Los muchachos tambien corren; pero ¡qué de precauciones hay que tomar con ellos! Seis ú siete hombres los arreglan: arman descientas quimeras antes de ponerse en orden, y rara vez á la seña hay alguno que no lleve ventaja. Mas no basta esto: es necesario pintarles las caras variando de color y divisa todos los años. Unas veces se les hace una cruz en la frente con negro, encarnada, ó amarillo; otras veces se les pinta de un color toda la nariz, ó la mitad de la cara; en fin se les pone de una figura espantosa; pero aun son insuficientes estas precauciones, y nunca faltan bribonzuelos, que habiendo visto como pintan á los otros se tiznan del mismo modo, y ocultos entre el concurso quieren ahorrarse la fatiga de una mitad de la carrera. Contra estos ladronzuelos de la fama; y de las ayes, se esparcen millares de espías: todos toman interés por el verdadero acreedor al premio, y rara vez el engaño consigue no ser conocido.

En medio de esta diversion el pueblo se entrega á el contento, y el filósofo se crea traspasado á la antigua Grecia, y retrogradado á los siglos de Aristóteles y Platon. Esta costumbre fué de origen griego, y el

pueblo que la conserva, da en ella algunos indicios de su primera poblacion. No ayuda menos á creerlos la fragilidad con que se pasa aquel día. En todas las diversiones públicas se hacen gastos extraordinarios, y Villena es una de las ciudades que mas consumen en tales casos: solo en el día de Santa Ana son económicos sus moradores, y no se obsequian mutuamente, sino con habas y almortas cocidas con una yerba aromática, llamada en el país *poleo*. Lo frugal de esta refaccion nos recuerda la simplicidad de los primeros tiempos.

Una cosa sola nos hace creer que vivimos en los presentes; y es la belleza, y carácter alegre de las morenas hijas del país. Vestidas con una tela finísima de lana rayada de azul y encarnado, con un jubon de raso, ó de lino de manga corta, con vueltos de encaje, un pañuelo blanco bordado de oro, ó de plata, medias blancas, y zapato de seda; adornadas con largas *arracudas*, y costosos collares; peluándose con una sola trenza, que llevan caída y terminada con un lazo, y sujetándose el cabello con una pequeña peineta de plata sahororada, colocada en el lado derecho; traje vistoso, que ellas solas usan en toda España, llenan de ilusiones á cuantos las miran, y de delicias á sus amantes; si bien siempre son delicias con celos, porque las Murcianas son demasiado joviales para no causar penas á los que las quieren bien.

N. B. S.

BIOGRAFIA.

JUANELO TURRIANO,

Y EL FAMOSO ARTIFICIO DE TOLEDO.

Juanelo, Juanelo, ó Joanelo Turriano, pues de todos estos modos he visto escrito su nombre, fue uno de los mas célebres matemáticos de su tiempo. Nació en Cremona de Lombardía el año 1500, y mostrando desde luego su grande afición por las matemáticas, logró en ese estudio un conocimiento profundo, como lo demostraron posteriormente las obras que salieron de sus manos.

Llegó á noticia del emperador Carlos V y le llamó á su servicio, de resultas de haberse presentado Juanelo en Bolonia y ofrecido componer un antiguo reloj de hierro, que se puso en Pavia á fines del siglo XIV, en cuyo castillo aseguraban haberle inventado y construido el famoso Seberino Baccio, autor del célebre tratado de *Consolatione*, y después de muerto el primer duque de Milan, Juan Galeacio, se abandonó enteramente aquella máquina y echó del todo á perder; mas á pesar de eso quiso verla el César conforme se hallase, y admirado de su perfeccion, pues le dijeron no solamente señalaba las horas, sino tambien el curso del sol, luna y demás planetas, pensó en que se compusiera. Ningun maquinista se atrevió á hacerlo, hasta que se presentó Juanelo al emperador, y considerando con atencion la obra, dijo: «se podrá componer, pero durará poco y de nada serviría, á causa de estar corroidas por el óxido las ruedas y principales partes del reloj, pero que él se atrevía á fabricar otro á semejanza de aquel, y que en mucho le superase, pues ya hacia mas de 20 años que tenia esa idea, cuya vehemencia, por tantos cálculos como habia promovido, le habia hecho enfermar dos veces.»

Gozoso el César de semejante hallazgo, le encargó la fabrica del nuevo reloj, que empezó á trabajar Juanelo

en 1530, en cuyo año, día de San Matias, se coronó el emperador en Bolonia, y salió á poco de aquella ciudad, en la que quedó el célebre maquinista construyendo su reloj. Tres años y medio fueron necesarios para darle fin, y no era de estrañar, pues tenia 1800 ruedas sin otras innumerables piezas menudas de laton. Asi fue necesario, que (quitando las fiestas), labrase cada día mas de 5 ruedas diferentes en número, tamaño, y forma de dientes, para cuya construccion inventó un ingenosísimo torno, que hacia saliesen las piezas con la igualdad y nivel que se necesitaba.

La forma de este reloj era redonda, de casi dos pies de diámetro y algo menos de altura, con una especie de torrecilla que se elevaba en el centro, donde estaban las campanillas y despertador, y en sus multiplicadas esferas se designaban todos los movimientos del sol, luna, y demás planetas, aparicion de signos del zodiaco, estrellas principales y demás revoluciones celestes. Para vencer Juanelo tantas dificultades como se le originaron y poner el reloj con toda su certidumbre y diversidad de movimientos contrarios, dijo el mismo artista (hablando de sí mismo) «que hizo llegar el arte á donde no llegaba número, y que él lo demostraria si fuese menester», en lo que dió á conocer lo mucho que se puede hacer con un profundo conocimiento de la aritmética.

Concluida esta máquina por él en 1533 fue tanto lo que agradó al emperador, que aun estaba en Italia, que al momento tomó á Juanelo á su servicio, para que le acompañase en clase de relojero, como efectivamente así lo hizo en todas sus expediciones. Preguntóle el César qué inscripcion pensaba poner en el reloj y él respondió: «*Juanelus Turrianus Cremonensis horologiarum architector.*» Parando él aquí, añadió el emperador: «*Facile Princeps*» y en el reverso de esta inscripcion estaba el retrato de Juanelo, con este mote por bajo: *Qui, Sim, Scies, si pur opus facere conaberis.*

Aunque en este reloj puso Juanelo descubiertos los movimientos de los planetas y otros astros, con todo, estaba en el oculto todo el mecanismo interior de las ruedas, y para que este se conociese hizo otro reloj cuadrado algo menor que el otro, y con menos maquinaria, y puso sus cubiertas de cristal para que nada se ocultase (1).

En enero de 1534 desembarcó el César en Barcelona, y por Alcalá dió la vuelta á Toledo, donde ya estaba en 4 de febrero, acompañándole siempre Juanelo. Entre otros grandes de la comitiva del emperador era uno el marqués del Vasto, que elogiaba mucho las excelencias y grandezas de aquella ciudad, por la particular afición que tenia á toda esa tierra, de donde habia procedido el primer tronco de su ilustrísimo linaje. Lamentábase juntamente de la falta, que una poblacion como esa, tenia de agua, por estar situada en terreno muy entiscado, y el rio Tajo tan hundido en lo profundo de los valles, por donde corre. Conferenció largamente con el artista Juanelo, sobre los medios de subir el agua á tan inmensa altura, y este, después de meditados discursos y combinaciones, fabricó en su imaginacion un artificio, que no pudo por entonces llevar á cabo, por la precision de acompañar siempre al emperador, en clase de relojero, habiéndole aquel llevado consigo, non después de verificada en 1536 la renuncia de todos sus feudos y señorios, y que se retiró á su tranquila morada de Yuste en febrero.

(1) Este reloj, de que aquí se hace mencion, le hizo posteriormente Juanelo de orden de Felipe II, por el que en 26 de mayo de 1566 se le mandaron pagar 2750 ducados, partiendo la diferencia entre 2500 que habia sido tasado por anos y 3000 por otros tasadores.

ro de 1557, falleciendo en aquel monasterio en 21 de septiembre de 1558; y en todo el tiempo que allí permaneció nada más tuvo para su recreo que Juanelo, y su reloj, que siempre tuvo en su habitación.

Cuando falleció Carlos V estaba Felipe II en Flandes, y noticioso de la grande habilidad de Juanelo, le envió á decir si quería quedarse en su servicio por 200 ducados anuales que le señalaba. Aceptó por entonces Juanelo, y su asignación fue aumentada por el mismo rey en 1562 con otros 200 ducados, pagándola además las obras que trabajase; pero con obligación de residir en la corte.

Ya con esto más desocupado empezó á tratar de su proyecto favorito de subir el agua á Toledo, que, como queda dicho, había meditado años hacía, y que á todos debió parecer quimérico é impracticable, en vista de la nulidad, de las tentativas que para ese mismo objeto habían hecho hidráulicos anteriores, según consta de noticias que he recogido, pues viviendo el mismo emperador D. Carlos por el de 1526, se intentó tan difícil empresa: lo que aparece de una curiosísima nota coetánea, que está en un libro de recepciones del monasterio de la Concepción Francisca de esta ciudad, que empezó en 1496, y por lo singular merece ser copiada por entero y tal como está; dice así: «Este mismo año 1526 se comenzó á hacer la obra para subir el agua á Zocodover de de los Molinos de Sarci Sanchez, cabe la Puente de Alcantara y andado, y anda la obra hasta el mes de septiembre de dicho año cuando esto se escribió. Vinieron para eso oficiales de Alemania, que los hizo venir el conde Mascio, marqués de Zenete y camarero mayor de Leopoldo nuestro señor, y después de comenzada la obra para el gasto de ella se pasó muy recia sisa sobre todas las cosas, hasta el agua que se traía, de modo que monasterios y todos la pagaban aunque la trajesen con sus bestias. Esto se quitó luego y quedó para el efecto la sisa sobre el vino que se metía en la ciudad, aunque fuese para los señores de la iglesia, y por esto los dichos pusieron entredicho, el que ha ya tres semanas que está puesto, y aun no está quitado.»—Sigue luego un poco más abajo: «Este entredicho se quitó después víspera de San Miguel entre 4 y 5 después de mediodía del dicho año.»—Hasta aquí las notas, cuya letra parece de algún religioso que á la sazón era vicario de este convento de la Concepción. La invención que se hizo por entonces consistía en una especie de batán, que golpeando el agua con unos mazos la impulsaba hacia arriba por unos cañones que de ningún metal podían resistir, sin empujarlo subió el agua desde los molinos citados hasta el alcázar y todo la arruinó una avenida á poco tiempo.

A pesar de todo esto, seguro Juanelo del buen éxito de su proyecto, determinó llevar á cabo su atrevida empresa de subir el agua á Toledo, por medio de un artificio cuyo modelo empezó en 1565, y con ese fin el rey le permitió quedarse en Madrid aquel año y pasar á esa ciudad las veces que gustase, dispensándole el seguirle á sus jornadas.

Para acertar en el proyecto, hizo un modelo pequeño de todo el artificio, en el que se descubrió luego bien la grandeza y estraña profundidad de su inventiva. Su mecanismo consistía en unir ó engozar unos maderos pequeños, en forma de cruz, por el medio y los extremos, y estando todo así encajando, al moverse los dos primeros maderos junto al río, se movían todos los demás hasta el alcázar con gran suavidad y sosiego. En los maderos encajaban unos caños largos de latón de casi un brazo de largos, con dos brazos á los cubos, los cuales, subiendo y bajando alternativamente, se vaciaban y llenaban, estando concordados todos los movimientos con me-

dida y proporcion sujetos al primero de la rueda, que movía el río. Morsales, que es el que con más minuciosidad describe esta máquina, admiraba en ella el acuerdo y templado de sus movimientos, constando ese artificio de más de 200 carros de madera, no muy gruesa, que sostenían más de 500 quintales de labor y 4500 cántaras de agua, y con todo eso ninguna rueda tenía carga que la agravase, y cesando la principal que movía el río, un niño lo hacía fácilmente con toda la máquina, cosa que no se pudo hacer sin un profundo conocimiento en las proporciones aritméticas, y si el atinar con ellas fue prueba de grande ingenio, el ponerlas después en ejecución fue mayor maravilla, pues si toda la máquina hubiera sido derecha desde el río al alcázar, con la primera invención se hubiera acabado; pero dando tantas vueltas como tenía el artificio en aquel trecho, fue menester un modo nuevo de proporcionar allí el movimiento, atravesando toda esa máquina por encima de la puerta de doce cantos, para lo cual tuvo Juanelo que labrar una especie de puente de madera.

Acabado el modelo se obligó Turriano por escritura pública otorgada en 1565 á dar á la ciudad de Toledo cierta porción de agua permanente que corriese junto al alcázar, y que de allí se pudiese llevar á toda la ciudad, y esta á dar á Juanelo 8000 ducados de oro por una vez, y además 1900 anuales por el cuidado y reparos de la conservación de la máquina.

Ajustados en esta forma, se arrendó y luego posteriormente se compró por el rey, el molino situado por bajo del puente de Alcantara, que había Juanelo elegido y señalada para sentar su ingenio, y ya todo arreglado se construyeron los arcos, y acabó de ponerse el artificio en 1568, dando al día para la ciudad 1600 cántaras de cuatro azumbres; mas creyéndose la ciudad agravada se resistió á cumplir por su parte el contrato, en vista de lo cual el Rey mandó nombrasen los interesados personas autorizadas que transigiesen este negocio. Turriano por hallarse enfermo dió poner á su amigo Juan Antonio Fasole, y entre este, varios reguladores, y el consejero Fuemayor á nombre del rey, que se presentó también interesado por los adelantos que había hecho para el artificio, y porque el alcázar disfrutaba la mayor parte del agua, se conviniere en 1575, cediendo todos un poco, cuyo contrato aprobó luego el rey por cédula de marzo de aquel año.

No contento Juanelo con el primer artificio, intentó construir otro un poco más bajo, y más cercano al puente, y ya le tenía empezado por este año, y acabado el 1581, que se mandó comprar un molino para plantar este segundo ingenio, y antes de verificarse esto falleció el insigne Juanelo Turriano en Toledo en 15 de junio de 1585, á los 85 años de su edad. Fue enterrado con grande acompañamiento, en la iglesia del Carmen calzado, y capilla llamada de nuestra Señora del Socorrano, que hoy se ve arruinada bajo del coro de esa iglesia. Unargo su testamento ante Juan Sanchez, escribano público, á favor de Barbara Medea Turriano, su hija y heredera.

Vivió este célebre artista, mientras estuvo en Toledo, en la calle que llaman *del hombre de palo*, por una estatua se levanta que hizo, que desde su casa iba al Palacio Arzobispal (1), donde después de muchos reve-

(1) Este autómata, obra de Juanelo, tenía dos varas de alto y miembros correspondientes, salía de la casa de Juanelo y llegaba hasta la despena del arzobispo por la racion de su trabajo que era de dos libras de carne y pan. Unas veces vestían á la figura de niño, y otras de gitano. Hacía sus cortesías, á la figura de niño, y los muchachos la apellidaban *D. Antonio*. Vestían estos mantos de antiguos escritos que he visto.

rencias y cortesías, tomaba la ración de pan y carne que a Juanelo correspondía, como aparejador nombrado de la catedral, por el cardenal Tabera, prelado entonces de esta diócesis, y desde entonces ha quedado aquella calle, donde se supone vivió y murió Turriano, con la denominación de *calle del hombre de palo*.

También existe en el gabinete de curiosidades de la Biblioteca arzobispal de esta ciudad, un hermoso busto de alabastro, retrato al vivo de Juanelo, que le hizo su íntimo amigo el célebre escultor Alonso Berruguete. Por bajo del citado busto está cincelada esta inscripción: JANNELUS TURRIANUS. CREMONENSIS. HOROLOGIORUM ARCHITECTOR. Igualmente (según Llaguno) se conservan otras memorias de este insigne maquinista, en Madrid, en una calle que llaman de *Juanelo*, por creerse vivió en ella; en el Escorial por su retrato pintado al óleo y colocado sobre la puerta de una celda cercana á la biblioteca, y por una medalla que se acuñó en honor suyo que trae grabada el Viaje de Ponz.

(Se concluirá.)

N. MAGAN.

POESIA.

Rasga ya, ¡oh Luna! el tempestuoso velo
Que tu cálida faz lóbrego emboza,
Gocen mis ojos desde el hondo suelo
Fulgida luz de tu inmortal carroza.

Gocen mis ojos de entusiasmo llenos
El misterioso encanto que derramas,
Mudo el rumor de los hinchados truenos,
Rota la voz de las sonantes ramas.

No, cual un tiempo, tu esplendor seguro
Hora maldecía la esperanza mía;
Se hundió el camino que ante mí oscuro
Cuando á los brazos del plañer corría.

Se hundió por siempre y el oculto fuego
Aun siento hervir de la valiente hoguera,
Aun vibra dulce el voluptuoso ruego
Del blanco cisne que mi dicha fuera.

¡Oh! Cuántas veces su canción sonora
Llevó hasta tí su angelical dulzura!
¡Cuántas, cruel, la nube protectora
Rasgando alagaste mi fugaz ventura!

Pasaron ya los encantados años
Que el lívido nardo en mi cabeza ungieron,
Pasaron con las diadas halagadas
Que al inocente corazón mintieron.

Heme otra vez errante, peregrino,
Del informis en el fatis sendero
El empuje de roncós trovellinos
Torciendo el voto que pensé primero.

Heme buscar tu perezosa lumbré
Llagado de tan áspéras abrojas,
Dolientes por la diáfana techumbre
Los que te odiaron desalentos ojos.

Heme ante tí con el rubor dolida,
La altiva frente que fraguó el delito,
Vuelve esa pura celestial mirada
Del triste bardo al entrañable grito.

Su mano empuña resonante lira
Que en leves queiebras tu beldad saluda,
Acento melancólico suspira,
Dulce implorando tu potente ayuda.

Rasga ese crudo, tempestuoso velo
Que tu espléndida faz lóbrego emboza,
Vierta en mi lira vividor consuelo
Nitida luz de tu inmortal carroza.

Que es bello el confuso, pacífico ruido
Que el bosque lejano murmura tenaz,
Es bella la sombra que abraza dormido
Un mundo que engaña su misero afán.

Es bello arrastrado de tanta armonía
En estasis dulce volar hasta tí,
Cruzando esa ignota, fantástica vía
Que al ojo mezquino se escapa sutil.

Los sábios digieron que encubres ufana
Un pueblo glorioso de estirpe inmortal,
Acaso algún tiempo su planta profana
La raza de aquellos estampe en su hogar,

Acaso los veas con alas seguras
El cóncavo rumbo derechos romper,
En guerra abrasadas tus quietas alturas
Tu gente mordiendo tirano cordel.

Acaso los veas sañudos los ojos
La extraña riqueza avaros partir,
Tus hembras divinas cual raras despojos
Entre anchos montones de estenso botín.

Tal vez maldiciendo la raza valiente
Que á tanto se atreva tu entona verás,
Tal vez de tu rayo la furia potente
Derrumbe al intruso del alto sitial.

Si tratan verdades los doctos varones
Que tal asentaron, tu ruina llegó,
Por cuentos de Fadas las ludias regiones
El vulgo tenía y el vulgo nació.

Por cuentos de Fadas los mares cruzaron
Colón el sufrido, Pizarro y Cortés,
Un mundo mas ancho sus genios hallaron
De enojos alzando gigante laurel.

¡Oh! fuera muy bello con planta ligera
Tu globo de plata sereno medir,
Mirar de tus pueblos la extraña manera
El aura bebiendo que gocen allí.

Mirar el linaje de Dioses y Reyes
Que rige y alumbra tu cetro de luz,
Las sábias costumbres, las candidas leyes
Que enseñan deslices de blanda virtud.

Y fuera muy bello la vista embriagada
Con tanta grandeza al mundo bajar,
¡Cuán pronto los ojos midiendo su nada
Pargáran corridos su loco desmán!

Mis estos que canto delicias sabrosos,
Ensueños los juzga tu fiero desden,
Nuncrepan tan alto las séres viciosos
Que el seno cluparon de flaca mujer.

¿Qué importa que un tiempo su orgullo forzara
El píelago ignoto que nadie dobló?
¿Qué importa que el rayo tu culto abasara
Hiriendo en la frente los hijos del Sol?

Ni tienes sentencias de hinchados varones
Ni estirpe guerrera que de ellos vendrá,
No temes que crucen las huecas regiones
Por gloria que en humo se rompe falaz.

Empero si el oro de espléndida mina
Destombra sus ojos con brillo traidor,
Entonces, ¡oh Luna! tu imperio termina,
La raza insaciable su Norte encontró.

Veráslos, entonces, con alas seguras
El cóncavo rumbo derechos romper,
En guerra abrasadas tus quietas alturas
Tu geate mordiendo tirano cordel.

Perdon, ¡oh Luna! si el acento umbrío
Te aqueja del errante trovador,
Su canto llena el sepulcral vacío
Testigo, un tiempo, de su infante amor.

Perdon, ¡oh tú del Indio soberana,
Jololo de tan áspero confín,
Hambruenta Diosa que de carne humana
Te sacias en el bárbaro festín!

Lleva tu luz allá donde la espera
De caribes el ávido montón,
De rabia aullando en la pujante hoguera
Se consume tu misera oblación.

Lleva esa luz que reverente admira
La negra raza que te adora allí,
Ensancha el fuego de la escelsa pira
De la víctima el hondo frenesí.

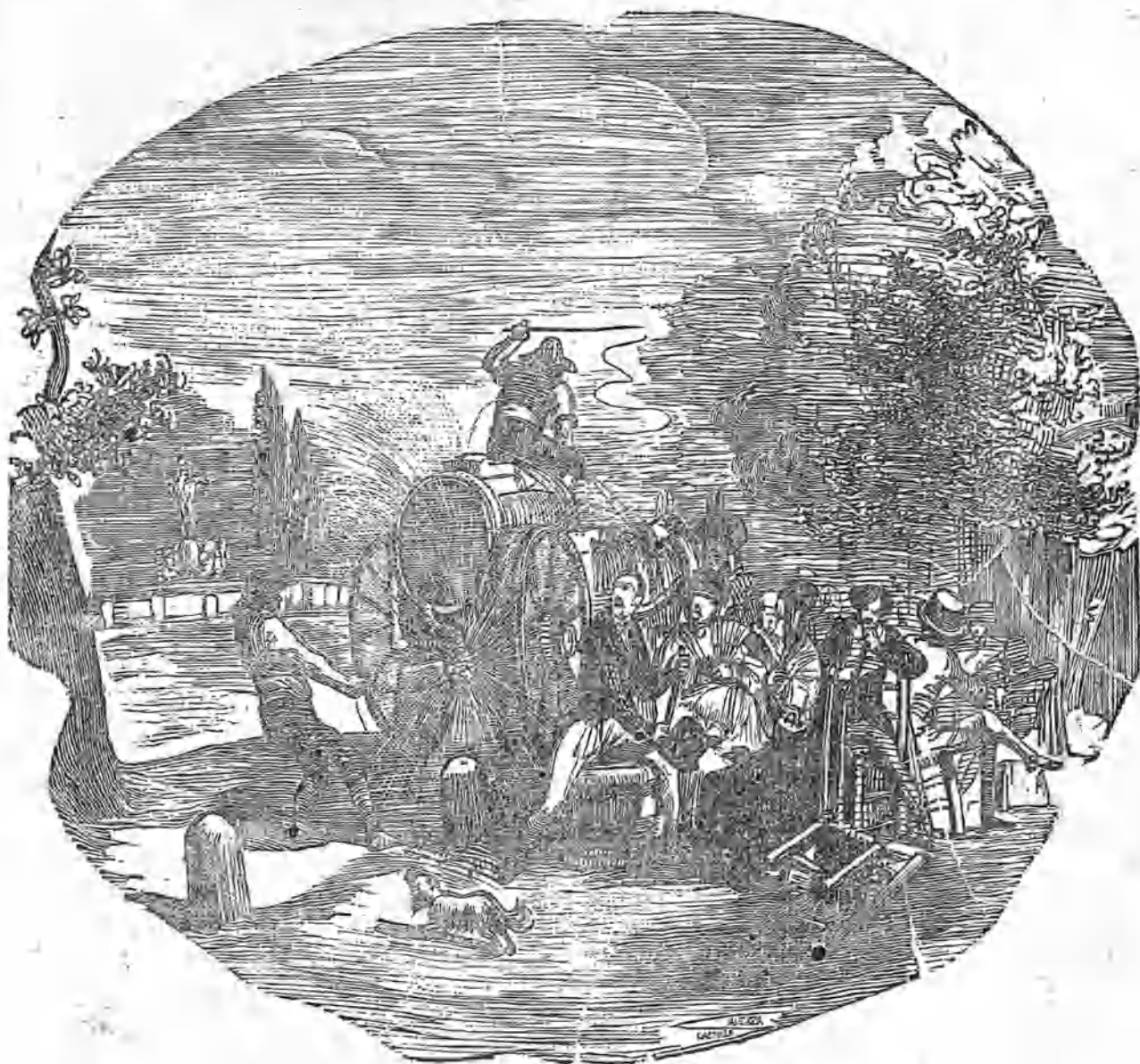
Tal vez la turba de danzar cansada
La cruda presa devorando está.
Caiga esa luz sobre la gente osada
Que el hecatombe te destroza allí.

Caiga esa luz como en la noche humbría,
Que el dulce encanto de mi dicha ahogó;
Rápida caiga como el arpa mía
Al exhalar su moribundo á Dios.

JUAN ANTONIO SAZATORNEL.

Madrid y junio de 1839.

PELIGROS DE MADRID.



LA FRESCURA DEL PRADO.